



Nanterre

# Tú eres la más bella de todas

Orlando Arroyave A.

Es un hábito de los franceses alentar una que otra revuelta. Desde la más célebre, la Revolución Francesa, pasando por el incendio, asedio, barricadas, de las plebes y

no plebes, en 1830, 1848, 1871, 1936... París arde, siempre arde. Cadáveres, incendios, panfletos... París ama la revolución.

París tiene olor a revuelta, si nos atenemos a la historia o a su mito. Hoy, París es un

espléndido museo. Un ejemplar disecado por la gracia de su belleza. Un museo que ha petrificado sus revueltas. Un museo que de vez en vez despierta para contemplar su sueño de objeto desecado. Sus hijos nuevamente se levantan. Y le dan pesadillas.

Una de sus pesadillas recientes tiene fecha. El 27 de octubre de 2005, dos inmigrantes mueren electrocutados huyendo de la policía francesa al escalar un muro de una central eléctrica. Las *bandieues* se alzaron. Los jóvenes destrozaron carros oficiales y privados, destruyeron edificios públicos, se enfrentaron a piquetes de policías.

En tres semanas, los hijos de los inmigrantes destrozaron más de diez mil automóviles, bibliotecas, escuelas, etc. en Francia. La protesta se extendió por trescientas ciudades del país. Los ataques se coordinaron sin un dirigente visible. Por Internet y teléfonos móviles se comunicaban los espontáneos protestantes. Los excluidos por la etnia, la cultura y la pobreza reclamaron lo suyo: igualdad económica, social y cultural.

Ninguna revuelta, sin embargo, ha tenido la imagen mediática tan fotogénica como Mayo de 1968. Hasta los periódicos de derechas conmemoran hoy sus estropicios. Una revuelta tan memorable como una postal de Notre-Dame, hinchada por esa manía francesa

de autoproclamarse como la hacedora de todas las revoluciones. La última revolución fue el impotable “posestructuralismo” (mezcla de platonismo “significante” y labia para sofocar las preguntas urgentes del mundo) y sus perniciosos virus académicos.

Aquella revolución, fiesta y carnaval de mayo, fue tan poco sangrienta que sus historiadores prematuros discuten si hubo uno, o ningún muerto. Una revolución aséptica como una sala quirúrgica. Sólo la Revolución Francesa (1789), tan sangrienta que París olía siempre a sangre seca y fresca, supera en tinta y papel a la de mayo.

El conflicto entre los estudiantes de la Universidad de Nanterre y las autoridades (universitarias, policiales, gubernamentales) por la detención de estudiantes acusados de actos criminales por protestar contra la guerra de Vietnam, da lumbre a la revuelta. La protesta se multiplica en sus reclamos: emancipación sexual, reformas universitarias, descarga de adrenalina. Luego el virus de la revuelta se extiende por Francia como una chispa en paja seca. Los estudiantes de La Sorbona se solidarizan con los de Nanterre. El gobierno hace lo suyo: policías, detenciones, golpes con bastones, perros sin bozal, cierre de las universidades.

Los estudiantes de secundaria protestaban en solidaridad con los universitarios. Éstos, cuenta el mito, desadoquinaban a París para encontrar una playa. París se engalanaba de barricadas y heridos. Los estudiantes, en el Barrio Latino, arrojaban objetos a la policía desde las ventanas. La revolución comenzaba. Todos estaban en sus marcas. Los obreros simpatizaban con los estudiantes. Daniel Cohn-Bendit, vocero de este movimiento, despreciaba los sindicatos y los partidos y se autoproclamaba

antiautoritario: las organizaciones sindicales y los partidos son otros modos del conformismo, afirmaba.

Podemos reprocharle a Cohn-Bendit su inapetencia de poder; mas ese gesto, un *performance* colectivo, expresaba una ruptura generacional con los modelos totalitarios que aún prevalecían en la sociedad francesa y europea, si bien se había derrotado al nazismo y al fascismo.

El prestigio de aquellas protestas fue tal, que estaba de moda salir a protestar por las calles de la ciudad. *Tout* París marchó a la revuelta. La gran fiesta de la revolución. Sesenta barricadas se levantaban en las principales calles de París (Gay Lussac, Tournefort, Saint Jacques). El lunes 13 de mayo un millón de

personas se conglomeraron en las calles. La clase media, después de la cena, asistía puntualmente a

las manifestaciones y a los debates; luego, se



Primera jornada de barricadas.

distanciaría del movimiento, al que birlaron los desclasados, la escoria de la revolución. Mas quedó el mito calentando corazones.

El escritor Jean Genet presenció la revuelta desde una butaca del teatro Odeón<sup>i</sup>. La declaró una pantomima. Los estudiantes hicieron su máximo acto revolucionario el 15 de mayo: se apoderaron, luego de un asedio por varios días con grafitis, panfletos y labia desatada, del teatro Odeón. Los estudiantes regentaron la revolución desde el escenario, y el público, sentado, aplaudía o rechiflaba a los actores revolucionarios de París. No se corría peligro, dice Genet. El Palacio de Justicia francés estaba mejor protegido que los teatros. Genet les reprocharía luego a los estudiantes el no encerrar a su dirigencia en la cárcel o no destruir las prisiones.

Con justicia, Mayo de 1968, como afirma el sociólogo y crítico cultural argentino Juan



José Sebreli, no fue causa sino expresión de una corriente predominante en la cultura occidental. En sí misma, esta revolución fotogénica introducía imágenes más que textos al “evento político”<sup>ii</sup>, anticipando la política de las décadas posteriores. Era su aporte a la cultura política. En ideas, lo más memorable son sus grafitis. Esta revolución, afirma Sebreli, no dejó ideas ni manifiestos, ni libros o discursos de sus protagonistas. Luego vendría la proliferación de tesis universitarias, diarios y memorias.

Los jóvenes, y en particular los jóvenes universitarios, después de la segunda guerra mundial, en Occidente y por fuera (Argelia, China, América Latina, Japón), se convierten en una fuerza cultural, política y social no despreciable. La fecha, mayo de 68, sin embargo, se erigió en un fetiche retro. Un punto mítico de todas las revoluciones, olvidando las luchas anteriores o simultáneas de los jóvenes universitarios en Estados

Unidos, América Latina, países del este de Europa, etc.

Pantomima o no, siempre es bienvenida una revuelta. Así sea que la contemplemos desde una butaca de un teatro.

### Notas

<sup>1</sup> Entrevista con Jean Genet en 1978. *Cónsules de Sodoma*. (Gore Vidal, John Giorno y otros). Barcelona, Tusquets, 2004, pp. 258-259.

<sup>2</sup> //www.lostiempos.com (11-05-08). Argentina.

**Orlando Arroyave** es Psicólogo de la Universidad de Antioquia. Ensayista y columnista, ha publicado sus textos en diversas revistas y periódicos del país. Escribió este texto especialmente para la *Agenda Cultural*.